

UN SABIO DESEO

Volumen 1 – Sermón No. 33

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL SÁBADO 8 DE JULIO DE 1855,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN NEW PARK CHAPEL, SOUTHWARK**

“Él nos elegirá nuestras heredades; la hermosura de Jacob, al cual amó. Selah”.
Salmos 47:4

El cristiano siempre está contento y encantado cuando puede ver a Cristo en las Escrituras. Si solo puede detectar los pasos de su Señor, y descubrir que los escritores sagrados le están haciendo alguna referencia a Él, sin embargo, indistinta u oscura, se regocijará, ya que todas las Escrituras no son más que un encontrar a Cristo en ellas. San Agustín dice: “Las Escrituras son los pañales del hombre y niño Cristo Jesús, y estaban destinadas a ser vestiduras sagradas para envolverlo”.

Así son ellas. Y es nuestro deber agradable levantar el velo o quitar la vestimenta de Jesús y así contemplarlo en Su persona, en Su naturaleza o en Sus oficios. Ahora, este texto se refiere a Jesucristo: Él es quien debe "elegir nuestra herencia para nosotros". Aquel en quien habitan todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento es el gran Ser que es seleccionado como la Cabeza de la predestinación, para elegir nuestro lote y nuestra porción y establecer nuestro destino. En verdad, Amado, usted y yo podemos regocijarnos en este gran hecho, que nuestro Salvador elige por nosotros. Si nos reuniéramos todos en una gran planicie, como el antiguo Israel, para elegirnos un rey, no deberíamos proponer un segundo candidato.

Habría alguien que se parezca a Saúl, el hijo de Cus, con la cabeza y los hombros más altos que todos los demás, a quienes deberíamos seleccionar de inmediato para ser nuestro rey y gobernante de parte de la Providencia para nosotros. No pediríamos un sabio prudente o un filósofo profundamente enseñado. No elegiríamos al senior con más experiencia. Sin dudar ni un solo momento, vimos directamente a Jesucristo, en la majestad de su persona, deberíamos decir, en palabras del salmista, el que nos redimió, el que nos rescató, el que nos amó: “Él elegirá nuestra herencia para nosotros”.

Recuerdo que una vez fui a una capilla donde este era el texto y el buen hombre que ocupaba el púlpito era más que un poco arminiano. Por lo tanto, cuando comenzó, dijo: "Este pasaje se refiere por completo a nuestra herencia temporal. No tiene nada que ver con nuestro destino eterno, porque", dijo, "no queremos que Cristo elija por nosotros en materia del Cielo o el Infierno. Es tan claro y fácil que cada hombre que tenga un poco de sentido común elegirá el Cielo. Y cualquier persona sabría que hay algo mejor que elegir el Infierno. No necesitamos ninguna inteligencia superior, ni ningún ser mayor, para elegir el Cielo o el Infierno para nosotros".

"Se deja a nuestro propio libre albedrío", dijo, "y tenemos suficiente sabiduría, medios suficientemente correctos para juzgar por nosotros mismos" y, por lo tanto, como dedujo muy lógicamente, "no había necesidad de Jesucristo, o cualquiera, para hacer una elección por nosotros. Podríamos elegir la herencia para nosotros sin ninguna ayuda". Ah, pero mi buen hermano, puede ser muy cierto que podríamos, pero creo que deberíamos tener algo más que sentido común antes de elegir correctamente. Debes recordar que no se trata simplemente de elegir el Cielo o el Infierno. Es la elección del placer en la tierra, del dolor, del honor o de la persecución.

Y muy a menudo el hombre está desconcertado. Si el hombre tuviera que elegir simplemente el infierno, nadie lo preferiría. Pero dado que es el pecado lo que engendra el infierno y la lujuria que lo lleva al castigo, viene la dificultad. Porque por naturaleza todos estamos inclinados a seguir el camino que conduce hacia abajo. Naturalmente, estamos dispuestos a caminar por el camino que conduce al pozo, no buscamos el pozo en sí, sino el camino que conduce a él, y si no fuera por la gracia soberana, ninguno de nosotros habría seguido el camino al Cielo. Cada día estoy más y más convencido de que la diferencia entre un hombre y otro no es la diferencia entre el uso de su voluntad, sino la diferencia de gracia que se le ha otorgado.

De modo que, si un hombre tiene su "herencia en el cielo", será porque Cristo eligió su herencia para él. Y si otro hombre tiene su lugar en el Infierno, será porque él mismo eligió su herencia. Necesitamos que alguien elija por nosotros en ese asunto. Queremos que nuestro Padre arregle nuestro destino eterno, y escriba nuestros nombres en el Libro de la Vida. De lo contrario, si nos dejamos a nosotros mismos, el camino hacia el infierno sería nuestra elección tan natural como para que un trozo de materia inanimada ruede hacia abajo, en lugar de ayudarse a sí mismo hacia arriba.

Sin embargo, para acudir de inmediato a nuestro texto y dejar en paz las observaciones de todas las demás personas, "Él elegirá nuestra herencia por nosotros". Primero, hablaré del texto como un hecho glorioso: "Él elegirá nuestra herencia por nosotros". Y, en segundo lugar, hablaré de ello como una oración muy justa y sabia: "Él elegirá nuestra herencia por nosotros".

1. Primero, entonces, hablaré de esto como un HECHO GLORIOSO. Es una gran verdad que Dios elije la herencia para Su pueblo. Es un honor muy alto dado a los siervos de Dios, que se dice de ellos: "Él elegirá su herencia". En cuanto a la mundanalidad, Dios le da cualquier cosa, pero para el cristiano, Dios selecciona la mejor porción y elige su herencia para él. Dice un buen Divino, "Es una de las mayores glorias de la Iglesia de Cristo, que nuestro poderoso Creador y nuestro Amigo, siempre elija nuestra herencia para nosotros". Él da los cascarones mundanos, pero se detiene para descubrir los dulces frutos de Su pueblo. Recoge los frutos de entre las hojas, para que Su pueblo tenga la mejor comida y disfrute de los placeres más ricos.

Oh, es la satisfacción del pueblo de Dios, creer en esta exaltadora Verdad que Él elige su herencia para ellos. Pero dado que hay muchos que lo discuten, permítanme despertar sus mentes a modo de recuerdo, mencionando ciertos hechos que lo llevarán a ver claramente que, en verdad, Dios elige nuestra suerte y distribuye para nosotros nuestra herencia. Y, primero, permítanme preguntar, ¿no debemos todos admitir una Providencia dominante y el nombramiento de las manos de Jehová en cuanto a los medios por los cuales vinimos a este mundo? Estos hombres que piensan que luego se nos deja a nuestro propio libre albedrío al elegir esto o lo otro para dirigir nuestros pasos, deben admitir que nuestra entrada al mundo no fue por nuestra propia voluntad, sino que Dios allí tuvo Su mano sobre nosotros.

¿Qué circunstancias fueron aquellas en nuestro poder que nos llevaron a elegir a cierta persona para que sea nuestro padre? ¿Tuvimos algo que ver con eso? ¿Dios mismo no nombró a nuestros padres, lugar de nacimiento y amigos? ¿No podría haberme hecho nacer con la piel del Hottentot, criado por una madre inmunda que debería cuidarme en su "kraal" y enseñarme a inclinarme ante los dioses paganos, tan fácilmente como me hubiera dado una madre piadosa, que debería cada mañana y cada noche doblar rodillas en oración por mí? O, ¿no podría, si hubiera querido, haberme dado un despilfarrador por padre, de cuyos labios podría haber escuchado temprano un lenguaje temeroso, sucio y obsceno?

¿No podría haberme colocado donde debería haber tenido un padre borracho, que debería haberme confinado en una mazmorra de ignorancia y haberme criado en las cadenas del crimen? ¿No fue la Providencia de Dios que me alegrara tanto que mis padres fueran Sus hijos y se esforzaran por entrenarme en el temor del Señor? ¿A quién le debe alguno de ustedes su parentesco, ya sea bueno o malo? ¿No se debe remontar al decreto de Dios? ¿Su predestinación no te puso donde estabas? ¿No fue el Señor quien designó el lugar de tu nacimiento y la hora del mismo?

Mira de nuevo tu cuerpo, ¿no ves las obras de Dios allí? ¿Cuántos niños nacen en el mundo deformados? ¿Cuántos llegan a ser deficientes en alguna de sus facultades? Pero mírate a ti mismo. Quizás eres agradable en persona, o si no, tienes todas tus extremidades. Tus huesos están bien establecidos y eres fuerte, ¿no deberías rastrear esto hasta Dios? ¿No ves que Él arregló el comienzo de tu vida para ti? Es posible que hayas abierto tu carrera allí, allí, o allí. Pero te colocó allí en ese lugar en particular, sin pedirte permiso. ¿Se volvió hacia ti y te dijo: "¡Oh arcilla! ¿En qué forma te voy a formar? O, ¿El que te engendró te preguntó qué serías?"?

No, Él te hizo lo que quería y si ahora tienes la posesión de tus facultades y extremidades, debes reconocer y confesar que había un decreto de Dios en él. Y, aún más, ¿cuánto del dedo de Dios debemos discernir en nuestro temperamento y constitución? Supongo que nadie será tan tonto como para decir que todos nacemos con el mismo temperamento y constitución natural. Estoy seguro de que hay algunas personas que difieren mucho de otras, al menos me gustaría diferir un poco de ellas, algunos de aquellos con quienes no podría sentarse un solo momento sin sentir que preferiría pararse bajo una lluvia y mojarse que sentarse en un sofá a su lado.

Algunas personas son tan extremadamente fuertes en su temperamento que realmente hacen un agujero en sus modales y conversación, no pueden hablar sin estar enojadas, irritadas. Ahora, aunque tales personas suelen complacer su temperamento, debemos permitir que, en cierta medida, sean excusables, quizás puedan rastrearlo hasta la naturaleza que les dio su madre (como diría el poeta mundano), o ese temperamento con el que nacieron. Y hay otras aquí que son naturalmente amables, que tienen un espíritu amable y amoroso, que no se mueven tan fácilmente a la ira y la pasión, quienes no están llenas de ese orgullo absurdo que hace que el hombre se exalte a sí mismo por encima de sus semejantes.

¿Quién los formó correctamente o los formó tan bien? ¿No lo ha hecho Dios y demostrado ser un soberano? ¿Y no debemos ver en esto que Dios, de una forma u otra, ha fijado nuestro destino desde el hecho mismo de que el brote inicial de la vida está completamente en Sus manos? Parece racional que, dado que Dios designó el comienzo de nuestra existencia, debería haber alguna evidencia de su control en los hechos futuros de la misma.

Pero ahora una segunda observación. Preguntaré a cualquier hombre sensato, sobre todo, a cualquier cristiano serio aquí, si no ha habido ciertos momentos en su vida en los que haya podido ver claramente si Dios "eligió su herencia para él". Eres un hombre joven, te preguntan cuál será tu búsqueda, eliges tal o cual cosa. Estás a punto de ser aprendiz de ese oficio peculiar, una desgracia sucede, no se puede hacer. Sin su consentimiento, o voluntad, te colocan en otra posición. Tu voluntad apenas fue consultada. Tus padres ejercieron cierta autoridad, mientras que la mano de la Providencia parecía decirte "debe ser así", y no pudiste evitarlo.

Tomemos otro caso, ya que había establecido un negocio de repente se produjo una desgracia aplastante que ya no se podía evitar más de lo que una hormiga podría detener una avalancha. Usted fue expulsado de su negocio y ahora ocupa su posición actual porque no había nada más a lo que pudiera acceder. ¿No era esa la mano de Dios? No puedes rastrearlo hasta ti mismo. Usted se vio positivamente obligado a cambiar su plan, fuiste llevado a eso.

Quizás alguna vez tuviste amigos de quienes dependías. No habías pensado en lanzarte al mundo y ser independiente de la ayuda de los demás. De repente, por un golpe de la Providencia, un amigo muere, luego otro, luego otro. Y, sin tu propia voluntad, te colocaron en tales circunstancias que, como una hoja en un remolino, te dieron vueltas y vueltas y el empleo que ahora sigue, o el compromiso que ahora lo ocupa, no es de tu elección, pero sí es la de Dios.

No sé si todos ustedes pueden acompañarme aquí, pero creo que en algún caso u otro deben verse obligados a ver que Dios realmente ha ordenado su herencia para ustedes. Si no puedes, yo puedo. Puedo ver mil oportunidades, como las llamarían los hombres, trabajando juntas como ruedas en una gran maquinaria, para fijarme donde estoy. Y puedo mirar hacia atrás a cientos de lugares donde, si una de esas pequeñas ruedas hubiera salido mal, si uno de esos pequeños átomos en el gran remolino de mi existencia se hubiera desencadenado, podría haber estado en cualquier lugar menos aquí, ocupando una posición muy diferente. Si no puedes decir esto, sé que yo lo puedo enfatizar. Puedo rastrear la mano de Dios hasta el período de mi nacimiento a través de cada paso que he dado.

Puedo sentir que, de hecho, Dios me ha asignado mi herencia. Algunos de ustedes están tan engañados que no verán la mano de Dios en su ser e insistirán en que todo ha sido hecho por su voluntad sin la Providencia, que te han dejado dirigir tu propio curso a través del océano de la existencia, que estás donde estás porque tu propia mano guio el timón y tu propio brazo lo dirigió. Todo lo que puedo decir es que mi propia experiencia desmiente este hecho. Y la experiencia de muchos ahora en este lugar se levantaría en testimonio contra ustedes y diría: "En verdad, no es el del hombre que camina el ordenar sus pasos". "El hombre propone, pero Dios dispone", y el Dios del Cielo no es desocupado, pero se dedica a anular, ordenar, alterar, trabajar todas las cosas de acuerdo con el placer de Su voluntad.

Permíteme mencionar un tercer hecho. Si se acercan a las páginas de Inspiración y leen la vida de algunos de los santos más eminentes, creo que estarán obligados a ver las señales de la Providencia de Dios en sus historias con demasiada claridad como para equivocarse.

Tomemos, por ejemplo, la vida de José. Hay un joven que desde los primeros años sirve a Dios. Lea esa vida hasta su último período en que dio instrucciones concernientes a sus huesos y no puede evitar maravillarse ante los maravillosos tratos de la Providencia. ¿José eligió ser odiado por sus hermanos? Pero, sin embargo, ¿no era su envidia una circunstancia material en su destino? ¿Escogió ser puesto en el pozo? ¿Pero acaso la puesta en el pozo no era tan necesaria para que se convirtiera en rey en Egipto como el sueño del faraón?

¿José deseaba ser tentado por su amante? Eligió rechazar la tentación, por la gracia de Dios, pero ¿eligió la prueba? No, Dios la envió. ¿Escogió ser puesto en el calabozo? No. ¿Y tenía algo que ver con el sueño del panadero o con el faraón? ¿No puede ver, desde el principio hasta el final, incluso en el olvido del mayordomo, que se olvida de hablar de José hasta que llegó el momento señalado, cuando el faraón querría un intérprete, que realmente había la mano de Dios? Los hermanos de José hicieron lo que quisieron cuando lo metieron en el pozo. La esposa de Potifar siguió los dictados de su propia lujuria desenfrenada para tentarlo. Y, sin embargo, a pesar de toda la libertad de su voluntad, fue ordenada por Dios y trabajó en conjunto para un gran fin: colocar a José en el trono de Egipto.

Porque como él mismo dijo, "Vosotros pensasteis mal contra mí, más Dios lo encaminó a bien, ¡para que Él pudiera mantener en vida a mucho pueblo!". Había la ordenanza de la Providencia de Dios tan claramente como hay luz en el sol. O tomar de nuevo la vida de un hombre como Moisés. Supongo que nadie negará que hubo una Providencia en su colocación en la cesta, justo en el lugar particular donde la hija de Faraón vino a lavarse. ¿Y quién negará que fue la Providencia para que ella dijera: "Ve y tráeme una mujer para que cuide a este niño", y su madre, Jocabed, debería venir a cuidarlo? Me imagino que nadie consideraría que hubo una ausencia de Providencia en el hecho de que el niño era atractivo, que creció en toda la sabiduría de Egipto, y que tenía una mente lo suficientemente capaz como para recibir conocimiento.

Tampoco negarás la Providencia que lo llevó al lado de la montaña de Horeb, ni a la hija de Jetró. Tampoco puedes negar por un instante que hubo Providencia que luego lo llevó ante el Rey Faraón y lo ayudó en su camino. El hombre era un hombre de Dios. Dios parece estar plasmado en su frente en todos sus actos.

En los tres cuarentas de su vida, ya fueran los cuarenta en el palacio, los cuarenta en el desierto, o los cuarenta que fue rey en Jesurún. En todo esto, parece estar Dios anulando tan manifiestamente los actos del hombre, que no puedes evitar decir: "¡Aquí está el Todopoderoso! ¡Aquí está la mano de Dios en todo lo que hace el hombre!" Y te apartas de la historia de Moisés y dices: "Verdaderamente Dios estaba en este lugar, aunque yo no lo sabía".

Podría referirte la vida de Daniel, lleno de interés por así decirlo, y en este libro verás cómo sus pasos fueron guiados tristemente a Babilonia al ser llevados cautivos. Y, sin embargo, de la degradación de su destierro surge la grandeza de las visiones de Daniel y el carácter de Daniel se muestra con toda su claridad. Debes ver que una mano sabia estaba tratando con él y desarrollando sus virtudes y sus excelencias. Más no diré aquí, porque me gustaría que se dirijan a la Escritura ustedes mismos. La Escritura es el mejor libro de la Providencia que hemos leído. Si alguien me pidiera un libro de anécdotas ilustrativas de la Providencia, debería referirlo a la Biblia.

Allí podría encontrar la maravillosa historia de la mujer que salió a un país lejano y, durante su ausencia, perdió su herencia. Cierta día, ella fue al rey a pedirla y justo cuando llegó allí, Giezi le estaba contando al rey acerca de una mujer cuyo hijo Elías había resucitado, y él dijo: "¡Oh, mi Señor! ¡Esta es la mujer y este es el hijo!" Estaba Giezi y el rey hablando sobre el tema y la mujer entró justo en ese momento. Y, sin embargo, hay algunos tontos que llaman a eso una "casualidad". Por qué, señores, si es una cita tan clara como cualquier otra cosa.

Y esa es solo una de las miles de instancias que puedes encontrar en las Escrituras, donde puedes ver a Dios presente en los asuntos del hombre. Pero como la Biblia, después de todo, es la mejor prueba de cualquier doctrina que podamos avanzar, le pido que se remita a uno o dos textos. Primero, permítame pedirle que dirija su atención a un pasaje en Isaías 45: 6, 7: "yo Jehová, y ninguno más que yo, que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto". Ahora, aquí hay una afirmación más directa del poder de Dios en todo: que Él hace la paz y que crea la adversidad, que crea la luz y que crea las tinieblas. Podemos preguntar, como lo hizo el Profeta en la antigüedad, "¿Hay maldad en la ciudad y el Señor no lo ha hecho?"

Incluso el mal providencial debe atribuirse a Dios. Y en un sentido maravilloso que no entendemos y no podemos comprender, la ordenanza de Dios incluso hace referencia a los pecados de los hombres: "Él ha hecho incluso a los impíos para el día de su ira". "Las vasijas de la ira preparadas para la destrucción, incluso éstas mostrarán su alabanza". El bien y el mal en tu condición siempre debes considerar como la obra de Dios. Cualesquiera que sean tus circunstancias esta mañana, estás enfermo, estás en la pobreza o estás muy preocupado, tanto el mal como el bien son obra de Dios. ¿Y recibirá el hombre el bien a manos del Señor y no recibirá con igual paciencia el mal?

¿No le quitarás todo lo que Dios se complace en dar?, ya que Él mismo afirma: "Yo creo luz, yo creo oscuridad. Hago el bien y hago el mal". Pase ahora a un pasaje en Job 14: 5 "Ciertamente sus días están determinados, Y el número de sus meses está cerca de ti; Le pusiste límites, de los cuales no pasará". ¡Qué pensamiento tan solemne! Dios ha "señalado nuestros límites".

Uno de los Profetas dice: "Has rodeado mi camino con espinas y lo cercaste con seto para que no pueda encontrar mis caminos". Y esa es primero la Verdad con respecto a la vida del hombre. Los "límites" son "designados". El hombre solo camina dentro de estos "límites". Fuera de estos límites no puede llegar. Si esto no implica la mano de Dios en todo, no sé lo que hace.

Diríjase ahora a un Proverbio del sabio, Proverbios 16: 33, "La suerte se echa en el regazo; Mas de Jehová es la decisión de ella". Y si la decisión de la suerte es del Señor, ¿Quién es el que ordena toda nuestra vida? Sabes que cuando Acán cometió un gran pecado, las tribus se reunieron y la suerte cayó sobre Acán. Cuando Jonás estaba en el barco, echaron suertes y la suerte cayó sobre Jonás. Y cuando Jonathan probó la miel, echaron suertes y fue tomado Jonathan. Cuando echaron suertes para un apóstol que debía suceder al caído Judas, la suerte cayó sobre Matías y fue separado para el trabajo. La suerte está dirigida por Dios. Y si El simple lanzamiento de la suerte es guiado por Él, cuánto más los eventos de toda nuestra vida, especialmente cuando nuestro bendito Salvador nos lo cuenta: "Los mismos cabellos de tu cabeza están contados: no cae un gorrión a tierra si no es por tu Padre". Si es así. Si se cuentan estos pelos, si se escribe un inventario de cada uno de ellos. Y si la existencia de cada uno de estos pelos está marcada y mapeada, ¿cuánto más preciosa será a la vista del Señor nuestras vidas? Tome un pasaje más en Jeremías 10: 23 "Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos". Jeremías dijo: "Lo sé" y fue un hombre inspirado y eso nos satisface. "Lo sé". A veces, al citar un pasaje del apóstol Pablo, alguien me ha respondido que realmente no creía que Pablo fuera una autoridad tan grande como otros escritores de las Escrituras.

Me sorprendió escuchar el siguiente diálogo entre dos jóvenes. Una comentó: "Sr. Spurgeon es demasiado elevado en doctrina". Dijo su amigo: "Él no es más elevado que San Pablo". "No", dijo ella, "pero San Pablo no tenía toda la razón según mi opinión". Yo estaba muy contento de hundirme en el mismo bote que Pablo, porque si Pablo no tenía razón ante las pobres criaturas lamentables, Spurgeon realmente no debería tener atención. Preferiría estar equivocado con Pablo que estar bien con cualquier otra persona porque Pablo estaba inspirado. ¿Pero eliminarán también parte del Antiguo Testamento? ¿Se atreverán a acusar a Jeremías de error? Jeremías dice: "Conozco que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos".

Puede que no haya demostrado mi punto de vista a ninguna persona que sea antagonista de esta doctrina, pero a ustedes que creen no dudo que lo haya confirmado de alguna manera.

Déjame decir una palabra, quizás algunos que me escuchan dirán: "¡Entonces, señor, en el caso de los cristianos, usted hace de Dios el autor del pecado si cree que sus vidas fueron ordenadas por él!" ¡Nunca lo dije! Demuestra que lo dije y luego iré ante tu barra e intentaré disculparme. Pero hasta que escuche a estos labios decir que Dios es el autor del pecado, siga su camino y pruebe en primer lugar lo que significa decir la Verdad. No he afirmado ninguna doctrina tan vil.

Pero le diré quién dice que Dios es el autor del pecado, y ese es el hombre que no cree en la depravación natural, este hombre hace a Dios el autor del pecado. Recuerdo el caso de un ministro que se dividió terriblemente en este asunto. Cuando un niño había estado haciendo algo que estaba lejos de ser correcto, un amigo dijo: "Mira, hermano, hay pecado original en el niño, porque a su temprana edad, vea cómo peca". "No" dijo él, "son solo ciertas facultades que Dios ha puesto en el niño que se desarrolla. Es la naturaleza que Dios le ha dado originalmente. Es una de las criaturas perfectas de Dios".

Estos caballeros hacen de Dios el autor del pecado porque arrojan la naturaleza sobre Dios, mientras que, si no hubiéramos caído, todos hubiéramos nacido con una naturaleza perfecta. Pero desde que hemos caído, cualquier cosa buena en nosotros es el don de Dios y lo que es malvado surge naturalmente de nuestros padres, por descendencia carnal de Adán. Nunca dije que Dios era el autor del pecado. Gracias, señor, tome la acusación para usted mismo.

II. Y ahora habiendo hablado así sobre la doctrina, tendremos unos minutos sobre esto como UNA ORACIÓN. "Él elegirá nuestra herencia para nosotros". La doctrina seca, mis amigos, es de poca utilidad. No es la doctrina que nos ayuda, es nuestro asentimiento a la doctrina. Y ahora he estado predicando esta mañana sobre la orden de Dios en nuestras vidas, a algunos no les gusta. Para ellos, la verdad no será de ninguna utilidad. Pero hay algunos de ustedes que, si no fuera la Verdad, dirán que desearían que así sea. Dirías en tus oraciones: "Elegirás mi herencia por mí".

Primero, "Tú elegirás mis misericordias por mí". Tú y yo, Amados, a menudo elegimos nuestras propias misericordias. Dios en su sabiduría pudo haber hecho rico a un hombre. "Ah", dice él por la noche, "Dios no tendría toda esta riqueza para atormentarme en mi mente y preocuparme". "Creo que cualquier campesino que se esfuerza en mi lugar tiene mucho más descanso que yo". Otro que es un hombre pobre se limpia el sudor caliente de su frente y dice: "Oh mi Padre, te he pedido que no me des pobreza ni riquezas. Pero aquí estoy tan pobre que me veo obligado a trabajar sin cesar por mi pan. Ojalá pudiera tener mis misericordias allí entre los ricos".

Uno ha nacido con habilidades. Las ha mejorado mediante la educación y esta mejora de sus capacidades naturales ha implicado en él temibles responsabilidades para que tenga que ejercitar sus pensamientos y su cerebro desde la mañana hasta la noche. A veces se sienta y dice: "Ahora si no soy el más fuerte trabajador de todos los mortales. Están aquellos que mantienen una tienda abierta y pueden cerrarla. Pero yo tengo abierto en todo momento y siempre estoy bajo esta responsabilidad. ¿Qué haré y cómo descansaré?" Otro que tiene que trabajar duro con sus manos está pensando: "Oh, si pudiera llevar una vida tan caballerosa como ese ministro. Nunca tiene que trabajar duro. Solo tiene que pensar y leer, por supuesto, no es un trabajo duro. Quizás tenga que sentarse hasta las doce de la noche para preparar su sermón, eso no es trabajo, por supuesto. Desearía tener su situación".

Entonces todos clamamos por nuestras misericordias y queremos elegir nuestras asignaciones. "Oh", dice uno, "Tengo salud, pero creo que podría prescindir de eso si tuviera riqueza". Otro dice: "Tengo riqueza, pero podría dar todo mi oro para tener una buena complexión". Uno dice: "Aquí estoy atrapado en este sucio Londres. Daría cualquier cosa si pudiera ir a vivir al campo". Otro, que reside en el campo, dice: "No hay comodidad aquí, hay que recorrer muchos kilómetros para ir al médico y una cosa y otra. Ojalá viviera en Londres". Ninguno de nosotros esté satisfecho con nuestras misericordias. Pero el verdadero cristiano dice, o debería decir: "Elegirás mi herencia por mí". Alto o bajo, rico o pobre, ciudad o campo, riqueza o pobreza, capacidad o ignorancia, "Elegirás mi herencia por mí".

Una vez más, debemos dejar a Dios la elección de nuestro empleo. "Oh", dice el predicador, y he sido lo suficientemente escandaloso al decirlo yo mismo, "cómo me gustaría tener todo mi empleo durante la semana para poder sentarme en el banco el sábado y escuchar un sermón y refrescarme". "Estoy seguro de que me alegraría escuchar un sermón. Ha pasado mucho tiempo desde que escuché uno. Pero cuando asisto a uno, siempre me cansa, quiero mejorarlo. ¿Cómo me gustaría sentarme y disfrutar un poco de la fiesta en la casa de Dios, en lugar de ser siempre el sirviente en la casa de Dios? ¡Gracias a Dios! A veces puedo robarme una migaja".

Pero entonces nos imaginamos, ¡oh, que no estuviera en ese empleo! O que, como Jonás, podamos huir a Tarsis, para evitar ir a ese gran Nínive. Otro es un maestro de escuela sabática. Él dice: "Prefiero visitar a los enfermos que sentarme con esos problemáticos niños y niñas. Y entonces los maestros no parecen ser tan amables conmigo como deberían ser". El maestro de escuela dominical cree que puede hacer algo mejor que enseñar, pero está su amigo que visita a los enfermos bajando las escaleras y dice: "Podría enseñar a los niños pequeños o predicar un poco, pero realmente no puedo visitar a los enfermos. No hay nada tan difícil y eso requiere tanta abnegación".

Otro dice: "Soy un distribuidor de folletos. No es un trabajo fácil que tus tratados se rechacen en esta puerta y luego en otra. Y las personas que te miran como si vinieras a robarles. Podría ponerme de pie ante la congregación y hablar, pero no puedo hacer esto". Y así seleccionamos nuestros empleos. Ah, pero debemos decir: "Elegirás mi herencia para mí" y dejar nuestro empleo a Dios. "Si hubiera dos ángeles en el cielo", dijo un buen hombre, "suponiendo que hubiera dos trabajos por hacer y uno fuera gobernar una ciudad y el otro barrer el cruce de una calle, los ángeles no se detendrían ni un momento para decir lo que harían". "Gabriel cargaría con su escoba y barrería el cruce alegremente y Miguel no estaría un poco más orgulloso al tomar el cetro para gobernar la ciudad". Así es con un cristiano.

Pero no hay nada que con mayor frecuencia queramos elegir que nuestras cruces. A ninguno de nosotros nos gustan las cruces, pero todos pensamos que las pruebas de los demás son más ligeras que las nuestras, cruces que debemos tener. Pero a menudo queremos elegir las. "Oh", dice uno, "mi problema está en mi familia, es la peor cruz del mundo, mi negocio tiene éxito, pero si pudiera tener una cruz en mi negocio y deshacerme de esta cruz en mi familia, no me importaría".

Entonces, mis amados Oyentes, en referencia a tus misericordias, tus empleos y tus aflicciones, di: "¡Señor, elegirás mi herencia por mí! He sido un niño tonto. A menudo he tratado de entrometerme con mi suerte. Ahora lo dejo. Me lancé a la corriente de la Providencia, esperando flotar. Me entrego a la influencia de tu voluntad.

El que patea y lucha en el agua, dicen, seguramente se hundirá. Pero el que se acuesta todavía flotará, así es con la Providencia. El que lucha contra ella cae, pero el que renuncia a todo flotará en silencio, con calma y felicidad.

Habiendo hablado brevemente sobre el alcance de la rendición, podría mencionar la sabiduría de la misma, y mostrarte que no solo es bueno para ti ofrecer esta oración, sino que es mejor para usted que el autocontrol. Podría decirte que es bueno que te entregues a las manos de Dios porque Él entiende tus deseos. Él conoce tu caso y se compadecerá de tus necesidades tanto que te dará las mejores provisiones. Es mejor para ti que si confiaras en ti mismo, ya que, si tuvieras que elegir tus problemas o tus empleos, siempre tendrías este pensamiento amargo: "Ahora, lo elegí yo mismo y, por lo tanto, debo culpar a mi propia locura".

Pero ahora otro pensamiento. ¿Cuál fue la causa del salmista que dijo esto? ¿Cómo llegó a ser capaz de sentirlo? Hay pocos cristianos que realmente puedan afirmarlo y defenderlo: "Elegirás mi herencia por mí". Creo que la causa se encuentra en esto: que él tuvo una verdadera experiencia de la sabiduría de Dios.

El pobre David podría agradecerle a Dios por haber elegido su herencia para él porque le había dado una muy buena. Lo había puesto en la mansión de un rey. Lo había hecho vencer a Goliat y lo había criado para que gobernara sobre un gran pueblo. David, por experiencia práctica, podía decir: "Elegirás mi herencia por mí".

Algunos de ustedes no pueden decirlo, ¿verdad? ¿Cuál es la razón? Porque nunca has sido testigo de la guía divina. Nunca has buscado ver la mano que provee tus misericordias. Algunos de nosotros que hemos visto esa mano en algunos casos estamos obligados a decir por la fuerza misma de las circunstancias:

"Aquí levanto mi Ebenezer".

Entonces, de nuevo:

"Aquí, con tu ayuda, he venido".

Espero y confío en ese mismo placer que me ha guiado hasta ahora, que me llevará a casa a salvo.

Nuevamente, fue una verdadera fe lo que hizo que el salmista dijera que confiaba en Dios. Él sabía que Él era digno de su confianza, por lo que dijo: "Elegirás mi herencia por mí". Y, nuevamente, fue amor verdadero, porque el amor puede confiar, el afecto puede confiar en el que ama. Y como David amaba a su Dios, tomó el papel no escrito de su vida y dijo: "Escribe lo que quieras, mi Señor". "Elegirás mi herencia por mí".

Podría terminar, si tuviera tiempo, contándote los buenos efectos que esto produjo en la mente del salmista y lo que produciría en la tuya. Cómo traería una calma santa continuamente si siempre hicieras esta oración. Y cómo aliviaría tu mente de la ansiedad de tal manera que podrías caminar mejor como debería hacerlo un cristiano. Porque cuando un hombre está ansioso no puede orar. Cuando estás preocupado por el mundo, no puedes servir a tu Maestro, te estás sirviendo a ti mismo. Si pudieras "buscar primero el reino de Dios y su justicia", amado, "todas las cosas te serían añadidas". ¡Qué noble cristiano serías, cuánto más honorable serías para la religión de Cristo! Y cuánto mejor podrías servirle.

Y ahora ustedes que han estado involucrados en los asuntos de Cristo, les he estado predicando esto. Sabes que a veces cantas...

"Es mío el obedecer, es suyo el proveer"

Pero te has estado involucrando en los asuntos de Cristo, te has ido de los tuyos. Has estado tomando la parte del "proveer" y dejando la "obediencia" a otra persona. Ahora toma la parte de obedecer y deje que Cristo administre la provisión. ¡Vengan, hermanos, dudosos y temerosos, vengan a ver el almacén de su Padre y pregúntenles si les dejará morir de hambre mientras ha guardado tantas cosas en su granero! ¡Ven y mira su corazón de misericordia y mira si eso alguna vez fallará!

Ven y mira su sabiduría inescrutable y ve si eso saldrá mal. Sobre todo, mira a Jesucristo, tu Intercesor, y pregúntate: "Mientras suplico, ¿puede mi Padre olvidarme?" Y si tiene presente incluso a los gorriones, ¿olvidará a uno de los más pequeños de sus pobres hijos? "Echa sobre el SEÑOR tu carga, y Él te sustentará", "El nunca permitirá que el justo sea sacudido".

Les he predicado esto a los hijos de Dios, y ahora una palabra a la otra parte de esta concurrida asamblea. El otro día hubo una escena muy singular en la Cámara de los Comunes. Hay un cierto recinto allí apartado para los miembros. En este lugar un caballero ignorantemente se perdió. En un momento alguien gritó: "¡Un extraño en la casa!" El sargento de la casa se acercó a él, lo tomó del hombro y le recordó que no tenía nada que hacer allí, sin ser miembro, ni uno de los elegidos, ni haber sido elegido por el país. El hombre, por supuesto, parecía muy tonto.

Pero, como había cometido un error, lo dejaron ir. Si se hubiera desviado voluntariamente dentro del recinto y se hubiera sentado, podría no haberse ido tan fácilmente. Cuando vi eso, pensé: "¡Un extraño en la casa!" Esta mañana, ¿no hay un extraño en la casa? Aquí hay algunos que son extraños al tema que hemos estado discutiendo, extraños a Dios, extraños a la verdadera religión. "Hay un extraño en la casa". Me llevó a pensar en esa gran "asamblea e Iglesia del Primogénito, cuyos nombres están escritos en el Cielo". Y pensé en las personas que, la noche del sábado pasado, se sentaron a la mesa del Señor para participar del sacramento.

Y la idea me llamó la atención: "Hay un extraño en la casa". Ahora, en la Cámara de los Comunes, un extraño no puede sentarse cinco minutos sin ser detectado, ya que todos los ojos están fijados en él. Pero en la Iglesia de Cristo, en esta iglesia, un extraño puede sentarse en la casa sin ser descubierto. Ah, hay extraños sentados aquí, que parecen tan religiosos como otras personas, algunos que no son niños, otros que no son elegidos, otros que no son herederos de Dios. Son "extraños en la casa". ¿Debo decirte qué pasará en un momento? Aunque no pueda detectarte bajo el manto de tu profesión, aunque el pueblo de Dios puede no encontrarte, el sombrío "sargento de la casa" se acerca. La muerte se acerca, ¡y él te descubrirá!

¿Cuál será el castigo de tu intrusión, como profesante, en la Iglesia de Cristo? ¿Cuál será tu suerte si has sido un extraño en su casa de abajo, cuando descubras que, aunque te hayas sentado un rato en esta Cámara de los Comunes de abajo, no puedes sentarte en la Cámara de los Lores de arriba? ¿Cuál será su suerte cuando se diga: "Apártate acusado"? Y puedes exclamar: "¡Señor! ¡Señor! ¿No hemos comido y bebido en Tu Presencia y enseñado en Tus calles? "Y sin embargo Él dirá: "¡En verdad, nunca te conocí!" "¡Eres un extraño en la casa!", "¡Vete, maldito!"

¿Cómo puedo saber quién es un extraño en estos bancos y quiénes son extraños arriba? ¡Algunos de nosotros no somos extraños! "Ya no somos extraños y extranjeros, sino conciudadanos con los santos y la familia de Dios". A los que sean extraños, les ruego que piensen en ello y vayan al Trono de Cristo y le supliquen que aún puedan ser Sus hijos y ser contados con Su pueblo. Luego, después de eso, hablaré contigo sobre mi texto, pero no ahora. Ahora te pido que ores a Dios: "Elegirás mi herencia por mí".

EstudiaLaPalabra.org